

MENCION

¿ A QUIÉN ?

José Cuauhtémoc Sánchez

Lo misterioso y vacío del silencio me hizo que lo oyera. Me estaba llamando a la dejadez y al abismo de las ideas, pero cada idea que llegaba a donde me encontraba se siguió de frente y se fue.

La sombra de una nube me cubrió y envolvió el marco que tenía delante, y fue entonces cuando comencé a fijarme en lo que había bajo de ella. Una llanura verde y extensa, dos cerros como grandes senos adornan la tierra; los árboles, los pastos, los pájaros, me hicieron un llamado al silencio y lo empecé a seguir, clavé la mirada como queriendo ver más allá de donde alcanzo a distinguir, sintiendo que lo que veía también me volteaba a mirar y palpando lo lejano que se iba acercando a mí.

Seguí observando, mi mirada se detuvo en un matorral y vi la lucha desesperada de una mosca por librarse de una sutil, brillante y pegajosa red. Y para mi sorpresa se rompió el silencio, dejándole una llaga que se transformó en su perfil.

—No quiero morir—gritaba la mosca desesperada y tallándose contra el hilo—, nunca he pensado en ella cruelmente, pero en ese momento siento su llegada cerca de mí. ¡Dios! Ten clemencia, ten piedad. Déjame vivir un poco más, prometo muchas cosas, las que quieras ordenar.

Me acerqué a ver qué sucedía y observé cómo poco a poco se iba acercando una temible araña de grandes patas, cuerpo boludo y negro, y amenazantes ojos.

—¿Qué será de mí cuando se apague la luz en mis ojos? —se preguntaba la mosca.

—¡Ya deja de quejarte! —gritó la araña—, ¿por qué todas ustedes, moscas asquerosas, cuando van a morir se duelen tanto?

—Tú dices eso porque tienes la fuerza en este momento; pero cuando te toque morir, comprenderás lo que se siente. ¡Despreciable ser!

—Puede ser. Pero ahora, serás mi primer bocado de hace varios días. Mira, primero te haré un hermoso capullo a tu medida. ¿De qué te quejas? Después, te clavaré los colmillos y te sacaré toda la sangre. ¡Qué asco! Pero ni modo, es lo único que hay. Y ya cuando estés seca, seca, te pondré al sol para que te cuezas y te pegue el aire para sazonzarte. Después te arrancaré las patas, porque me hacen daño, me dan unos dolores que me hacen correr al baño. Este es tu futuro amiguita, agradece que te voy a comer, si no qué sería de ti, tan tonta, tan insípida, antes di que yo te acepto.

—¡No araña! No me comas. Mira, te haré la limpieza de tus redes todos los días, te lavaré los dientes, te tenderé la cama, pero no me comas.

—¡Basta! No te quiero oír más, qué no comprendes que lo que quiero es comer, no ganar un premio a la araña más hacendosa. Y ya basta de platicar, que se me están antojando unas costillas de mosca al pastor, que olvídate, qué rico saben. Ahí te voy, no te muevas.

Diciendo esto la araña se lanzó contra la asustada y chillona mosca. Pero yo con una vara logré zafar a la mosca de la red. Y la araña con lo único que alcanzó a quedarse es con una pata que le arrancó a la pobre mosca. Mientras ésta gritaba de dolor y alegría diciendo.

—¡Gracias Dios mío! Gracias por salvarme, aun cuando yo seré la primera mosca con pata de palo. Pero ahora dime. ¿Qué es lo que quieres que haga?

Fue en este momento cuando me di cuenta de que la mosca me confundía o creía que yo era Dios. Entonces me dediqué a ordenar.

—No quiero que te metas a las casas, porque dejas tus excrementos y microbios por todas partes. No te acerques a las llagas de los animales, porque las infectas. No te acerques al vino de una botella de algún amigo mío, porque te la acabas. Y además como ya supe que andas de borracha, pependciera y fumadora, no quiero de ahora en adelante que te desveles. ¿Entendido?

—¡Sí, sí! —dijo la mosca— lo cumpliré —mientras se alejaba alegremente.

Yo me quedé pensando, qué fácil es ser dios y sin embargo qué difícil, porque para lo que algunos es felicidad, para otros es crueldad. Pobre araña se quedará otro día sin comer.

Pensando, llegué a mi casa y comencé a departir con la familia, con los amigos, como todos los fines de semana. ¿Y cuál sería mi sorpresa? Cuando ya entrada la noche, vi a una mosca cerca de mi vaso y volando alrededor del humo de mi cigarro; pero eso no era todo, mi sorpresa fue mayor cuando vi que la mosca tenía una pata de palo.

—¡Condenada! —exclamé— conque desobedeciendo. ¡Qué bien!

—¡No te enojés! —hic— si ya pagué mi retiro de la promesa hecha. —Hic— fui a ver a la mosca de la casa del capellán de la otra calle. Y le di —hic— 20 granos de azúcar y un pedazo de piloncillo para que retirara la penitencia. Y ahora heme aquí, después de platicar con tu representante.

—¡Mundana! —dije, mientras la agarraba al vuelo—, ahora vas a conocer mi enojo.

La metí en un frasco para que pasara la borrachera. Al día siguiente regresé con la mosca al lugar donde la vi por primera vez. Y para que pasara la cruda la arrojé a la telaraña.

Mientras la mosca pedía piedad nuevamente la araña decía.

—¡Gracias Dios! Por no dejarme otro día sin comer. Y, además, envinada y con palillo.

Regresé nuevamente al hogar, pero venía pensativo, había inventado mi infierno. Qué crueldad. Pero lo que sucede es que soy un dios-imperfecto y no merezco serlo, ni quiero intentarlo una vez más.

En estas andaba cuando crucé la calle y no me fijé en el automóvil que venía, y cuando me iba a golpear se abrió la tierra a mis pies y desaparecí por una alcantarilla. Después salí muy asustado dando gracias a los niños traviesos que destaparon la coladera. O a los trabajadores que olvidaron tapparla. O al coche que con un golpe la destapó. O . . . ¿A quién?